

En México, los inmigrantes centroamericanos están bajo fuego

Por **Catherine E. Shoichet**, CNN

Actualizado 11:02 AM sábado 14 de julio del 2012



- Centro América llega diariamente a un vecindario cerca de la Ciudad de México
- Polizones en trenes de carga rumbo al norte hacia los Estados Unidos, y llegan a los albergues en el camino
- En un vecindario conocido como Lechería, un albergue para inmigrantes enfurece a los residentes
- Un agente de policía dispara hacia el aire para terminar una trifulca

Tultitlan, México (CNN) –Los vecinos en esta calle soleada saben los nombres de todos los del vecindario. Rezan todos en la iglesia con vidrios de colores que ven desde su casa. Pero dicen que por años los inmigrantes están destrozando su comunidad. Los residentes dicen que ya no se sintieron seguros cuando empezaron a ver a extraños vagabundeando en las esquinas y molestando a los lugareños. Crearon un control de vecindario para mantener el crimen en un mínimo. “No estamos en contra los inmigrantes,” dice Osvaldo Espinosa. “Solo queremos deshacernos de esa casa.”

Es el tipo de queja que se escucha hoy en día en cualquier pueblo en Estados Unidos o en algún vecindario en cualquier ciudad que luchan constantemente con la llegada de extranjeros. Pero esta casa está en México, en donde los activistas están viendo un sentimiento anti migrante y en unas partes se ha visto tan fuerte como al norte de la frontera. Más de 100 inmigrantes llegan de Centro América a Lechería, un vecindario de clase trabajadora a las afueras de la capital del país. La mayoría son guatemaltecos, hondureños y salvadoreños que no se quedan por mucho tiempo; son polizones que viajan en los trenes de carga que se dirigen al norte hacia los Estados Unidos.

Pero por más de tres años, muchos han pasado por la calle donde vive Espinosa en un albergue para inmigrantes en donde les proveen una comida caliente y unas horas de dormir. Es uno de docenas de albergues en México dirigido por la iglesia católica. Los sacerdotes de la Casa del Migrante dicen que era un refugio para la gente vulnerable que hacían este viaje tan peligroso. Los residentes han dicho a los oficiales públicos que ellos, los residentes, los que viven cerca del albergue son los que peligran. Pancartas blancas y negras aparecieron fuera de las casas diciendo, “Los residentes de Lecharía exigen la clausura de la Casa del Migrante.” Dentro del albergue escribieron las siguientes palabras en una pared enseguida del mapa de México: “Si el inmigrante no es tu hermano, Dios no es tu padre.”

La mayoría son asaltados

Juan José Arévalo Larios estaba descalzo cuando entró a la Casa del Migrante el septiembre pasado. La sangre entre los dedos de sus pies estaba endurecida. “Me robaron mis zapatos,” dijo el inmigrante hondureño describiendo un asalto la semana pasada que lo dejó sin dinero y sin el número de teléfono de su hermano que tenía escondido en su cartera. Es la cruda realidad que enfrentan los pasajeros en el tren que no perdona a nadie y que por décadas lo han apodado, “La Bestia.” “La mayoría son asaltados,” dijo Arévalo. Los asaltantes pueden ser los mismos inmigrantes, miembros de alguna pandilla de narcotraficantes o gente vestidos en uniforme de policía, dice preocupado por si lo vuelven a atacar. “Si secuestran a alguien y no tiene dinero, lo matan,” dijo. Parado cerca de Arévalo en un patiecito afuera del albergue, hasta Alexander Ramos asiente con la cabeza. Para protegerse, el hombre de 29 años de San Pedro Sula, Honduras, dice que agarra piedras por el camino antes de brincar al tren. Ya abordo, siempre se detiene con una mano hasta cuando duerme.

Un refugio del peligro

Los migrantes que pasan por México son un blanco para muchos criminales según la Amnistía Internacional, comenta en un reporte del año pasado que se enfoca en lo que los inmigrantes enfrentan, “serios abusos por parte de pandillas del crimen organizado, incluyendo secuestros, amenazas y asaltos.” Las autoridades encontraron 72 cuerpos de inmigrantes de Sur y Centro América asesinados en un rancho abandonado en la frontera de México y los Estados Unidos en agosto del 2010. El año pasado, más de 11,000 inmigrantes fueron secuestrados nacionalmente según las investigaciones por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos de México.

En mayo, la policía investigó otro espeluznante descubrimiento: 49 cuerpos decapitados y desmembrados fueron aventados en la autopista a menos de 80 millas de la frontera. Las autoridades dijeron que no pueden descartar la posibilidad que eran inmigrantes. Los oficiales de El Salvador en busca de migrantes desaparecidos pidieron pruebas de ADN de las víctimas para ver si hay algún acierto con los desaparecidos.

A pesar de los peligros, el flujo de inmigrantes centroamericanos que viajan por México no tiene ninguna señal de disminuir. “Ha incrementado mucho,” dice Christian Alexander Rojas, el sacerdote encargado del albergue. En un año, el número de centroamericanos que pasan por el albergue incrementó más del doble con un promedio de 150 personas diarias. Aproximadamente 90% llegan de Honduras que enfrenta una pobreza masiva y el índice de asesinatos más alto del mundo según las Naciones Unidas. “Su gobierno se ha librado de ellos,” dijo Rojas.

Maltratados, moreteados, y desgarrados, se amontonan en el albergue de Lechería. Muchos vienen con huesos rotos. No hay estaciones amigables en esta odisea hacia el norte. Usualmente, los inmigrantes- - sentado arriba del tren y amontonados entre los vagones— brincan mientras “La Bestia” todavía está corriendo en las vías. Hasta dentro del albergue los peligros del viaje son imposibles de olvidar. “Aquí todo está muy bonito,” dice Antonio Lazo, un carpintero de El Salvador. “Pero uno tiene salir y enfrentar la realidad. No hay nada bueno del tren.” Un hombre se acerca en muletas, su pierna está enyesada. El hombre es muy afortunado dice Lazo. “Muchos pierden los pies o el tren los mata.

Todavía aún, la promesa de escapar la pobreza y mandar dinero a su familia desde los Estados Unidos hace que valga la pena arriesgarse. En casa en San Miguel, El Salvador, se le dificultaba encontrar trabajo, y tiene una esposa y tres hijos que mantener. “Es parte de la travesía. Cuando sales de tu casa, sabes que esto pasará,” dijo.

En una tarde entre semana, docenas de inmigrantes están parados en un círculo con sus cabezas inclinadas. Enseguida de ellos hay hileras de literas coloridas y un montón de colchones que casi llegan al techo. En la noche el cuarto rectangular con las reglas pegadas en las paredes es en dónde duermen. Antes del almuerzo, es en donde rezan. Una monja empieza la sesión. “Pedimos por protección y por salud,” dice. “Y que encuentren otra casa en dónde puedan quedarse.”

Los residentes corean,” Inmigrantes márchense de aquí”

Dentro del albergue los inmigrantes obtienen exámenes médicos, agarran ropa limpia donada por las diferentes congregaciones eclesiósticas, llamadas gratis a los Estados Unidos, comidas recién hechas y un lugar limpio en donde dormir. Pero después de su estadía por dos días, muchos de los inmigrantes agarran sus mochilas viejas que registran al llegar y se van sin dejar rastro.

En el agosto pasado, el cuerpo de un inmigrante guatemalteco de 19 años fue encontrado cerca de las vías del tren cerca del albergue quien se había ido unos días antes. Moretones cubrían su cara indicando que había sido apedreado a muerte dicen los testigos. Los rumores y alegaciones surgieron según quien empezó el ataque. Días después docenas de vecinos enfurecidos bloqueaban las puertas del albergue por más de seis horas. Unos amenazaban de quemar el edificio y coreaban, “Inmigrantes, márchense de aquí”.

Cuando las autoridades no pudieron cerrar el albergue después de meses que quejas, los vecinos decidieron llevar la ley en sus manos. “Llegamos muy cerca de cerrar el albergue simbólicamente,” dijo Jesús Méndez Morales, un albañil de 47 años. Los vecinos bloquearon la puerta, previnieron que los inmigrantes de dentro—quien planeaban una vigilia en honor del fallecido muchacho de 19 años—que salieran. “Coincidió con un evento que habían planeado,” recuerda Morales. “Funcionó maravillosamente porque eso es lo que nos hacen a nosotros.”

Martha Morales ha dicho varias veces que los inmigrantes han bloqueado la entrada a su casa, duermen en las banquetas y han orinado enfrente de su casa. “Tenemos miedo de salir por la noche. Estamos encarcelados en nuestras propias casas,” dice. Las protestas de los vecindarios atrajo atención de los activistas de los derechos humanos que dijeron que los miedos xenofóbicos anti inmigrantes están alimentando su rabia. Los residentes dicen que es injusto que los categoricen como racistas. “Hay un enfoque en los inmigrantes. No se enfocan en nosotros, los mexicanos. ¿Qué ha pasado con nuestros derechos?” dice Justino Espinoza de 64 años, un boxeador jubilado.

Señal que los inmigrantes están en el vecindario es muy clara, dice Mercedes López González. Tiran basura en las calles con ropa, bolsas de plástico y latas de frijoles, dice y el crimen está incrementando. “Hay mujeres asaltadas,” dice López, apuntando a la calle desde su puestecito de comida que ella tiene a unas manzanas del albergue. “Allí trataron de llevarse a una niña de

15 años.” No se sabe exactamente quién está detrás de esta violencia en los vecindarios,” ella dice. “No sabemos si son de aquí o son inmigrantes... hay muchos que llegan en buena fe,” lo reconoce. Un hombre a un lado de ella agrega, “Otros están aquí por qué han matado en su país.”

El fin del ‘Oasis’

El sábado pasado, la policía local disparó sus pistolas hacia el aire para parar una trifulca. Las contradicciones empiezan, los oficiales de la iglesia dicen, después que algunos camiones que traían comida a los inmigrantes obstruyeron la entrada a una residencia. Los inmigrantes se burlaron cuando el residente de quejó. Una amenaza verbal muy pronto se volvió en una pelea a golpes. Un camionero amenazó con un hacha. “Se entiende que los vecinos no se quedaron con los brazos cruzados. Ellos también empezaron a atacar aventando piedras y palos,” le dijo Rojas a los reporteros. “Aventaron a una mujer y la patearon.”

Dos días después, Rojas y otros oficiales de la iglesia escribieron carteles con marcadores permanentes y en papel neón y los clavaron frente la entrada del albergue. “Casa del Migrante ‘cerrada.’ Amigo inmigrante, sigue tu camino.” La clausura del albergue llamó la atención de muchos. Los defensores de los derechos de los inmigrantes describieron este contratiempo como una reacción, el punto culminante que estalló a la xenofobia hacia los inmigrantes centroamericanos. Ellos enfrentan discriminación racial y exclusión social,” dijo la Comisión de Derechos Humanos en la Ciudad de México. “México está repitiendo las mismas pólizas de inmigración que los Estados Unidos. Si no nos analizamos críticamente a nosotros mismos, caeremos en la misma trampa,” dijo Raúl Vera López, un obispo católico de la ciudad del norte, Saltillo, según la agencia de noticias del estado, Notimex.

El miércoles, Rojas describió el cierre del albergue como “una situación momentánea”. Los oficiales estatales del gobierno y de la iglesia están investigando otra nueva localidad. Pero las autoridades no han informado un lapso de tiempo para que se habra un nuevo albergue o han dado detalles de donde deben ir los inmigrantes. “A final de cuentas, este albergue era un oasis,” le dijo Rojas a los reporteros, “ y ahora ya no lo tienen.”

Ese mismo día Rosalba Álvarez dijo que se entristecía que el albergue cerrara y que no está de acuerdo con sus vecinos. “Por uno pagan todos,” dijo al barrer la banqueta enfrente de su casa que está cerca del albergue. “No hay evidencia que todos (los inmigrantes) son así, como dicen, unos borrachos, drogadictos, sucios y agresivos.”

Hacia abajo de la cuadra, Justino Espinoza de 64 años, sacó una silla de plástico y se sentó enfrente de su casa. Es la primera vez en mucho tiempo que puede tomar el sol sin que un inmigrante centroamericano le suplique por dinero o comida.

A unas pocas cuadras, un grupo de inmigrantes toman albergue en la sombra bajo un árbol. Toman una siesta enseguida de las vías del tren, en una cama hecha de tierra y piedras, preparándose para la próxima parte de la travesía.